

ANIMALES RACIONALES*

Donald Davidson
University of California

RE Algunos animales piensan y razonan; consideran, ponen a prueba, rechazan y aceptan hipótesis; actúan sobre la base de razones, a veces después de deliberar, imaginar consecuencias y sopesar las probabilidades; tienen deseos, esperanzas y odios, a menudo por buenas razones. También cometen errores al calcular, actúan en contra de su mejor juicio, o aceptan doctrinas de evidencias inadecuadas. Cualquiera de estos logros, actividades, acciones o errores es suficiente para mostrar que tal animal es un animal racional, debido a que para serlo basta tener actitudes proposicionales, sin importar cuán confusas, contradictorias, absurdas, injustificadas o erróneas puedan ser estas actitudes. Propongo que ésta es la respuesta.

La pregunta es: ¿Qué animales son racionales? Por supuesto que no intento dar nombres, incluso nombres de especies u otros grupos. No trataré de decidir si los delfines, monos, embriones humanos o políticos son racionales, o incluso si todo aquello que impide a las computadoras ser racionales es su génesis. Mi pregunta es qué hace a un animal (o cualquier otra cosa, si uno quiere) racional.

Las actitudes proposicionales proveen un interesante criterio de racionalidad, pues sólo vienen como un conjunto apareado. Puede sonar trivial decir que un rico patrón de creencias, deseos e intenciones es suficiente para evidenciar racionalidad; y puede parecer demasiado estricto convertir esto en una condición necesaria. Pero de hecho, lo estricto yace en la naturaleza de las actitudes proposicionales, dado que tener una es tener un complemento completo. Una creencia requiere muchas otras creencias, y éstas demandan otras actitudes básicas tales como intenciones, deseos y, si estoy en lo cierto, el don del lenguaje. Esto no significa que no hay casos límites. Sin

*Este ensayo apareció en la revista *Dialéctica*, Vol. 36, N° 4, 1982. Publicamos esta versión española con la debida autorización de su autor.

embargo, el carácter intrínsecamente holístico de las actitudes proposicionales torna dramática la distinción entre tener algo y no tener nada.

Hacer la distinción fuertemente, y hacerla depender del lenguaje, invita a una acusación de antropocentrismo. La queja es justa, pero no debe ser dirigida en mi contra. Yo simplemente describo los rasgos de ciertos conceptos. Y después de todo, no es sorprendente que nuestro lenguaje humano sea rico en recursos para distinguir hombres y mujeres de otras criaturas, tal como los esquimales, quienes tienen un vocabulario conveniente para discernir variedades de nieve. Entramos en complicidad con nuestra lengua para hacerla y hacernos parecer especiales.

Prometí no discutir la cuestión de si especies particulares son racionales, pero será imposible evitar que aparezca la conversación respecto de las hazañas y habilidades de las bestias, porque gran parte de la discusión acerca de la naturaleza del pensamiento se ha centrado, tradicionalmente, en los poderes mentales de animales no humanos. Yo considero este acercamiento sólo como una colorida (y a veces cargada de emocionalismo) manera de pensar acerca del problema del pensamiento¹.

Norman Malcolm cuenta esta historia, que pretende mostrar que el perro piensa:

Supongamos que nuestro perro está persiguiendo al gato del vecino. El último corre ciegamente hacia el roble, pero, repentinamente, se desvía en el último momento y desaparece arriba de un arce cercano. El perro no ve esta maniobra, y al llegar al roble se empina sobre sus patas traseras, manotea el tronco como queriendo escalarlo, y ladra excitadamente hacia lo alto de las ramas. Quien viera el episodio completo desde una ventana, diría: “él cree que el gato se subió a ese roble”².

(Malcolm añade: “Nosotros diríamos que el perro estaba ladrando en el árbol incorrecto”).

Malcolm sostiene que bajo las circunstancias, alguien que atribuyó esa creencia al perro podría perfectamente —casi seguramente lo haría— estar

¹A menudo he dado charlas basadas en ideas presentes en este trabajo bajo el título “Why animals can’t think”. El título era tendencioso, dado que lo que argumentaba (como aquí) era que sólo las criaturas con lenguaje pueden pensar. Llegué a creer, sin embargo, que hombres y mujeres estaban solos en el hecho de tener lenguaje, o suficiente lenguaje como para justificar el atribuirles pensamientos. En el asunto moral, acerca del trato que deberíamos dar a las criaturas mudas, no veo razón para ser menos bondadoso con aquellos sin pensamientos o lenguaje que con aquellos que sí los poseen; por el contrario.

²Norman Malcolm, “Thoughtless Brutes”, *Proceedings and addresses of The American Philosophical Association*, 46(1972-73), p. 13.

en lo cierto; tendría exactamente la clase de evidencia necesaria para justificar tal atribución.

Permítanme exponer un argumento preliminar diseñado para poner en duda la aseveración de Malcolm. Es claro que las evidencias para la "creencia" del perro dependen del hecho de tomar "creencia" como una determinada acción y respuesta emocional. Somos llamados a inferir de lo que vemos que el perro quiere atrapar al gato, que él corre hacia donde lo hace debido a su deseo y su creencia acerca del lugar al cual el gato se ha ido, y que él está descargando su frustración y no siendo capaz de seguir al gato arriba del árbol con sólo ladrar, pisotear el suelo y así sucesivamente. Los detalles no necesariamente deben ser correctos, por supuesto. El punto aquí es obvio: si se justifica que infiramos creencias, también se justifica que infiramos intenciones y deseos (y quizás mucho más).

¿Pero, qué hay acerca de la supuesta creencia del perro de que el gato se subió a ese roble? Sucede que el roble es el árbol más viejo a la vista. ¿Piensa el perro que el gato se subió al árbol más viejo a la vista? ¿O que el gato se subió al mismo árbol la última vez que él lo perseguía? Es difícil dar sentido a estas preguntas. Pero, entonces, no parece posible distinguir entre cosas tan diferentes como las que se cree que el perro piensa.

Una manera de decir que estamos atribuyendo una actitud proposicional es hacer notar que las afirmaciones que utilizamos para hacer la atribución pueden cambiar de falsas a verdaderas si, en las palabras que se refieren al objeto de la actitud, sustituimos algunas expresiones por otras que se refieran a la misma cosa. La creencia de que el gato subió al roble no es la misma que la de que el gato subió al árbol más antiguo a la vista. Si usamos palabras tales como "creer", "pensar", "proponerse", mientras dejamos de lado la característica de opacidad semántica, no estamos usando aquellas palabras para atribuir actitudes proposicionales. Esto se debe a que se ha reconocido por mucho tiempo que la opacidad semántica distingue entre hablar acerca de actitudes proposicionales y hablar de otras cosas.

Alguien podría sugerir que la posición ocupada por la expresión "ese roble" en la sentencia "El perro cree que el gato se subió a ese roble" es, en la terminología de Quine, transparente. La manera correcta de dar forma al pensamiento del perro (continúa sugiriendo) es "El perro cree, con respecto a ese árbol, que el gato se subió a él" o "Ese roble es aquél al cual el perro cree que el gato se subió". Pero tales construcciones, aunque pudieran liberar a aquel que atribuye de la necesidad de crear una descripción del objeto que aquel que cree aceptaría, implica, sin embargo, que hay algo de tal descripción; la descripción *de re* escoge un objeto que el que cree podría, de alguna manera, elegir. En un idioma popular y quizás engañoso, el perro debe

creer, bajo alguna descripción del árbol, que el gato se subió a ese árbol. ¿Pero qué clase de descripción le acomodaría al perro? Por ejemplo, ¿puede el perro creer acerca de un objeto que está en el árbol? Esto parecería imposible a menos que creamos que el perro tiene varias creencias generales acerca de los árboles: que ellos son cosas que crecen, que necesitan suelo y agua, que tienen hojas o espinas y que se queman. No hay una lista fija de cosas que quien posea el concepto de árbol deba creer, pero sin muchas creencias generales, no habría razón para identificar una creencia en tanto que creencia acerca de un árbol y mucho menos acerca de un roble. Consideraciones similares se aplican al supuesto pensamiento del perro acerca del gato.

Nosotros identificamos pensamientos, los distinguimos entre sí, los describimos por lo que son, sólo porque pueden ser situados dentro de una densa malla de creencias relacionadas. Si realmente podemos atribuir inteligiblemente creencias singulares a un perro, debemos ser capaces de imaginar cómo decidiríamos si el perro tiene varios otros pensamientos del tipo necesario para que los primeros tengan sentido. A mí me parece que no importa de dónde comencemos, pronto llegamos a pensamientos acerca de los cuales no tenemos la menor idea de cómo probar su posesión por parte del perro, y aún son de tal tipo que, sin ellos, nuestra primera atribución es remecida.

No sólo cada pensamiento requiere un mundo de otros para darle contenido e identidad, sino que también cada otra actitud proposicional depende, por su particularidad, de un mundo similar de creencias. Para creer que el gato subió al roble, debo tener muchos pensamientos verdaderos acerca de gatos y árboles, este gato y este árbol, el lugar, apariencia y hábitos de gatos y árboles y así sucesivamente; pero lo mismo vale si me pregunto si el gato subió al roble, temo que lo hizo, espero que lo haya hecho, deseo que lo haya hecho o intento que lo haga. La creencia —ciertamente la verdadera creencia— juega un rol central entre las actitudes proposicionales. Así es que permítanme hablar de todas las actitudes proposicionales como pensamientos.

Como señalaba anteriormente, no hay una lista fija de creencias sobre la cual un pensamiento particular dependa. Sin embargo, mucha creencia verdadera es necesaria. Algunas creencias del tipo requerido son generales pero plausiblemente empíricas, tales como que el gato puede arañar o trepar árboles. Otras son particulares, como la de que el gato visto hace un momento atrás corriendo, aún está en el vecindario. Algunas son lógicas. Los pensamientos, como las proposiciones, tienen relaciones lógicas. Dado que la identidad de un pensamiento no puede ser separada de su lugar en la malla

lógica de otros pensamientos, no puede ser reubicado en ella sin transformarse en otro pensamiento diferente. Por lo tanto, la incoherencia radical en las creencias es imposible. Tener una sola actitud proposicional es tener una lógica correcta en gran medida, en el sentido de poseer un patrón de creencias lógicamente coherentes. Esta es una razón por la que tener actitudes proposicionales es ser una criatura racional. El punto se extiende hasta las acciones intencionales. Acciones intencionales son aquellas que pueden ser explicadas en términos de creencias y deseos cuyos contenidos proposicionales racionalizan la acción. De forma similar, una emoción como la de estar complacido por haber dejado de fumar debe ser una emoción racional a la luz de las creencias y valores bajo los cuales se halla.

Esto no es negar la existencia de creencias, acciones y emociones irracionales, innecesarias de nombrar. Una acción para la cual uno tiene razones para llevar a cabo, puede ser una acción para la cual uno tiene mejores razones para evitar. Una creencia puede ser razonable a la luz de algunas pero no de la totalidad de las creencias propias; y así sucesivamente. El punto es que la posibilidad de irracionalidad depende en gran medida de la racionalidad. Irracionalidad no es meramente la carencia de razón, sino una enfermedad o perturbación de ella.

En este texto, yo asumo que un observador puede, bajo circunstancias favorables, decir qué creencias, deseos e intenciones tiene un agente. Ciertamente, yo apelé a esta suposición cuando insté a creer que si una criatura no puede hablar, no es claro que pueda ser mantenida la intencionalidad en las descripciones de sus supuestas creencias y otras actitudes. Similarmente, me preguntaba si, en ausencia de lenguaje, podrían haber fundamentos para atribuir las creencias generales necesarias para dar sentido a cualquier pensamiento. Sin defender la suposición de que podemos conocer otras mentes, permítanme distinguir ésta de otras más fuertes. El solo hecho de exigir que un observador pueda, bajo circunstancias favorables, decir lo que alguien más está pensando, no es adherirse al verificacionismo, incluso con respecto a los pensamientos. Dado que la suposición de la observabilidad no implica que sea posible afirmar explícitamente qué evidencia es necesaria o suficiente para determinar la presencia de un pensamiento particular, no se sugiere que el pensamiento pueda ser, de alguna manera, reducido a algo más. Tampoco implica que la única forma de determinar la existencia de un pensamiento sea a través de la observación. Por el contrario, está claro que la gente normalmente sabe sin observación ni evidencia de ningún tipo lo que ella cree, desea o se propone.

Tampoco llega esta suposición a ser conductista. Las actitudes proposicionales pueden ser descubiertas por un observador que sólo presenciara

comportamiento, sin ser de ninguna manera, reducibles las actitudes a comportamiento. Hay nexos conceptuales entre las actitudes y el comportamiento que bastan para, dada suficiente información acerca del comportamiento de hecho y potencial, permitir inferencias correctas sobre las actitudes.

De lo que ha sido dicho acerca de la dependencia de los pensamientos con respecto a otros, y de las actitudes proposicionales con respecto a creencias, es claro que un patrón muy complejo de comportamiento debe ser seguido para justificar la atribución de un simple pensamiento. O, más precisamente, debe haber una buena razón para creer que existe tal patrón. Y a menos que efectivamente exista, no hay pensamiento.

Yo creo que hay tal patrón sólo si el agente tiene lenguaje. Si esto es correcto, entonces Malcolm estaría justificado para atribuir pensamiento a su perro sólo si él creyó, con una buena evidencia, que su perro tenía lenguaje.

La visión de que el pensamiento —creencia, deseo, intención y similares— requiere lenguaje es controvertida, pero ciertamente no nueva. La versión de la tesis que deseo promover debe ser distinguida de varias versiones relacionadas. Yo no creo, por ejemplo, que el pensamiento pueda ser reducido a una actividad lingüística. No encuentro factible la idea de que los pensamientos puedan ser nomológicamente identificados o relacionados con fenómenos caracterizados en términos físicos o neurológicos. Tampoco veo razón para sostener que lo que no podemos decir no podemos pensar. Entonces, mi tesis no es que cada pensamiento dependa para su existencia de la existencia de una sentencia que exprese dicho pensamiento. Mi tesis es más bien que una criatura no puede tener pensamiento a menos que tenga lenguaje. Para ser una criatura pensante, racional, debe ser capaz de expresar varios pensamientos y, sobre todo, ser capaz de interpretar el discurso y pensamiento de otros.

Como señalé anteriormente, esto ha sido afirmado a menudo. ¿Pero con qué bases? Dada la popularidad de la idea, desde los racionalistas a través de los pragmatistas americanos, e incluso entre filósofos analíticos contemporáneos, hay una notable carencia de argumentos. Hasta aquí, he apuntado a la dudosa aplicabilidad del test de intencionalidad donde los mudos animales están involucrados, y el requisito, si el pensamiento va a estar presente, de que haya una gran cantidad de creencias generales (y verdaderas). Estas consideraciones apuntan en dirección del lenguaje, pero no llegan a ser una demostración de que el lenguaje es necesario para pensar. Ciertamente, lo que esas consideraciones sugieren es sólo que probablemente no puede haber mucho pensamiento sin lenguaje.

En contra de la dependencia del pensamiento sobre el lenguaje está la simple observación de que tenemos éxito en explicar y algunas veces en predecir el comportamiento de animales sin lenguaje por la atribución de pensamientos, deseos e intenciones a ellos. Este método resulta tanto para perros y sapos como para gente. Y, puede añadirse, no tenemos una estructura alternativa general y práctica para explicar el comportamiento animal. ¿No llevan estos hechos a una *justificación* de la aplicación del método?³

Indudablemente que sí. Pero podría quedar un claro sentido en el cual sería erróneo concluir que un animal mudo (= incapaz de interpretar o involucrarse en una comunicación lingüística) tiene actitudes proposicionales. Para ver esto, sólo es necesario reflexionar en el hecho de que alguien fácilmente puede no tener maneras alternativas o mejores de explicar los movimientos de un misil busca-calor, que suponer que el misil quería destruir un avión y creer que podría hacerlo moviéndose en la manera observada. El observador no informado podría estar justificado al atribuirle un deseo y pensamientos al misil, pero estaría equivocado. Yo sé mejor, por ejemplo, no porque sepa cómo está diseñado el misil, sino porque sé que se mueve como lo hace porque fue diseñado y construido por gente que tenía el verdadero deseo y pensamientos que mi ignorante amigo asignaba al misil. Mi explicación, aunque todavía teleológica y dependiente de la existencia de actitudes proposicionales, es mejor, puesto que no le atribuye al misil la potencialidad del amplio rango de comportamiento que una criatura pensante debe tener.

El caso de las criaturas sin lenguaje difiere del caso del misil en dos aspectos: muchos animales son por lejos más humanos en su rango de comportamiento que los misiles, y nosotros no sabemos que haya un mejor modo de explicar su comportamiento que citando las actitudes proposicionales. Entonces, lo que necesitamos para tener un caso, es la caracterización de lo que el lenguaje proporciona y que es necesario para el pensamiento. Porque si hay tal condición necesaria, podemos continuar explicando el comportamiento de las criaturas sin lenguaje atribuyéndoles actitudes proposicionales, y al mismo tiempo reconociendo que tales criaturas realmente no las tienen. Estaremos obligados a reconocer que estamos aplicando un patrón de explicación que es mucho más fuerte que el requerido por el comportamiento observado, y para el cual éste no es suficientemente sutil como para cumplirlo.

³Esta es la posición recalada por Jonathan Bennett, *Linguistic Behavior*, Cambridge University Press, 1976.

En el resto de este trabajo establezco la condición para el pensamiento, que creo sólo puede ser proporcionada por el lenguaje, y ordenaré consideraciones en favor de mi punto de vista. Aunque presente estas consideraciones como un argumento, será claro que numerosos pasos en mi razonamiento podrán ser desafiados.

El "argumento" tiene dos etapas. Creo haber mostrado que todas las actitudes proposicionales requieren un conjunto de creencias previas, así es que me concentraré en las condiciones para que éstas ocurran. Sin creencia no hay otras actitudes proposicionales, y por lo tanto tampoco hay racionalidad como yo la he caracterizado.

Primero, arguyo que para tener una creencia, es necesario tener el concepto de creencia.

Segundo, arguyo que para tener el concepto de creencia, uno debe tener lenguaje.

Norman Malcolm, en el artículo mencionado anteriormente, hace una distinción similar a la mía, entre tener creencia y tener el concepto de creencia, pero su terminología difiere de la mía. Yo he estado usando la palabra "pensamiento" para cubrir todas las actitudes proposicionales. Malcolm, sin embargo, restringe la aplicación de "pensamiento" a un nivel más alto de pensar. Desde su punto de vista, el perro puede creer que el gato se subió al roble, pero no puede tener el pensamiento de que el gato se subió al roble. Malcolm sostiene que el último, pero no el primero, requiere lenguaje. Malcolm hace la distinción diciendo que uno meramente piensa (cree) que p si uno está consciente de p , pero uno tiene el pensamiento de p si uno está enterado de que está consciente de p . Esto es cercano a la distinción que tengo en mente entre creer que p y creer que uno cree que p . La segunda es una creencia acerca de una creencia, y por lo tanto requiere el concepto de creencia. Para hacer una comparación burda: Malcolm sostiene que el lenguaje traza una línea entre criaturas que meramente piensan y criaturas que tienen el concepto de pensamiento; yo sostengo que para pensar uno debe tener el concepto de un pensamiento, y así el lenguaje es requerido en ambos casos.

Donald Weiss toma partido con Malcolm: Weiss piensa que es posible hacer atribuciones razonables de conciencia a criaturas sin lenguaje⁴. Dado que creo que este ejemplo puede tocar un punto sensible en otros, permítanme parafrasear y luego citarlo con cierta extensión:

⁴Donald Weiss, "Professor Malcolm on Animal Intelligence", *The Philosophical Review*, 84(1975).

Arthur no es un perro, sino, digamos, un super perro de otro planeta. Arthur llega a la Tierra sin compañía, y aquí empolla. No tiene trato o conocimiento de otras criaturas —él es observado a través de vidrios que permiten la visión desde un solo lado. No tiene lenguaje. De acuerdo a Weiss, llegamos a convencernos de que tiene inteligencia reflexiva cuando somos testigos de esta escena:

“Un día Arthur se encuentra un brillante metal, lo pone en el fuego, trata de moldearlo con el martillo, pero descubre que aparentemente no es más maleable de lo que era cuando estaba frío. Lo intenta de nuevo más lenta y metódicamente, pero de nuevo obtiene el mismo resultado. La regularidad en la cual Arthur creía —murmuramos entre nosotros— no es enteramente universal. Él ha descubierto una instancia que no encaja con la regla general.

Arthur procede a caminar agitadamente por su living. Repentinamente se sienta; de la misma manera se para nuevamente; se pasea de un lado a otro. Una vez más se sienta, pero esta vez permanece en esa posición. Pasan quince minutos sin un cambio de postura; los ojos de Arthur están enfocados directamente hacia adelante. Entonces, súbitamente, se levanta de un salto e inmediatamente procede a apilar una gran cantidad de madera en su chimenea. Entonces somete su metal recientemente descubierto al fuego, y al cabo de un rato, lo retira. De nuevo intenta moldearlo a martillazos, y esta vez tiene éxito. Así, aparentemente satisfecho... procede pausadamente a cocinarse la comida”⁵.

Weiss dice que ahora tenemos fuertes evidencias de que Arthur ha reflexionado acerca de sus propias creencias; él está particularmente impresionado por el hecho de que Arthur en respuesta a su estado de agitación, se sienta con grandes ojos y completamente quieto, y luego verdaderamente salta a llevar a cabo los actos que constituyen la solución a su problema⁶.

Ignoraré el vocabulario implora-preguntas que Weiss usa para describir los movimientos de Arthur, porque pienso que Weiss está ladrando en el árbol correcto: es esencial que seamos capaces de describir a Arthur como un ser sorprendido. Lo que creo está claro es que si él está sorprendido, es que tiene pensamientos reflexivos y, por supuesto, creencias.

Esto no significa pretender que todo pensamiento es autoconsciente, o que cuando quiera que pensamos que *p* debemos estar conscientes de *p*, o creer que creemos que *p*, o pensar que pensamos que *p*. Mi pretensión es más

⁵Ibid., pp. 91-92.

⁶Ibid.

bien ésta: para tener cualquier actitud proposicional, es necesario tener el concepto de creencia, tener una creencia acerca de otra. Pero, ¿Qué se requiere para tener el concepto de una creencia? Aquí solicito la ayuda del fenómeno de la sorpresa, dado que creo que la sorpresa requiere el concepto de una creencia.

Supongamos que creo que hay una moneda en mi bolsillo. Lo vacío pero no encuentro ninguna. Me sorprende. Es suficientemente claro que no podría estar sorprendido (aunque podría estar perplejo) si no hubiese tenido creencias en primer lugar. Y quizás es igualmente claro que el hecho de tener una creencia, al menos una del tipo que he tomado para mi ejemplo, se relaciona con la posibilidad de sorpresa. Si creo que tengo una moneda en mi bolsillo, algo puede pasar de modo que cambie de opinión. Pero la sorpresa implica un paso adicional. No es suficiente que primero crea que tengo una moneda en el bolsillo y que, después de vaciarlo, deje de tener esta creencia. La sorpresa requiere que esté alerta al contraste entre lo que creía y lo que llegué a creer. Tal alerta, sin embargo, es una creencia acerca de una creencia: si estoy sorprendido, entonces, entre otras cosas, llego a creer que mi creencia original era falsa. No necesito insistir en que cada caso de sorpresa involucra una creencia de que la creencia previa era falsa (aunque estoy inclinado a creerlo). Lo que quiero sostener es que uno no puede tener un stock general de creencias del tipo necesario para tener cualquier clase de ellas sin estar sujeto a la sorpresa que implica la creencia acerca de la corrección de las propias. La sorpresa acerca de algunas cosas es condición necesaria y suficiente para el pensamiento en general. Esto finaliza la primera parte de mi "argumento".

Gran parte del sustrato del concepto de creencia es que es el concepto del estado de un organismo el que puede ser verdadero o falso, correcto o incorrecto. Tener el concepto de creencia es, por lo tanto, tener el concepto de una verdad objetiva. Si creo que hay una moneda en mi bolsillo, puedo estar acertado o equivocado; estoy acertado sólo si hay una moneda en mi bolsillo. Si estoy sorprendido de no encontrarla, llego a creer que mi creencia anterior no correspondía con el estado de mis finanzas. Tengo la idea de una realidad objetiva que es independiente de mi creencia.

Una criatura puede reaccionar con el mundo de complejas maneras sin concebir proposición alguna. Puede discriminar entre colores, sabores, sonidos y formas. Puede "aprender", esto es, cambiar su comportamiento de modo de preservar su vida o incrementar su ingestión de alimento. Puede "generalizar", en el sentido de reaccionar a nuevos estímulos como ha llegado a hacerlo con estímulos similares. Sin embargo, nada de esto, sin importar cuán exitoso sea de acuerdo a mis estándares, muestra que esta